**La marginalidad como lugar de resistencia**

bell hooks

Hace cuatro años, en el prefacio a mi libro *Feminist Theory. From Margin to Center*, expresaba estas reflexiones sobre la marginalidad:

*Estar en el margen es ser parte del todo pero estar fuera del cuerpo principal. Como ciudadanas negras de una pequeña ciudad en Kentucky, las vías del tren eran un recordatorio cotidiano de nuestra marginalidad. Del otro lado de las vías estaban las calles asfaltadas, las tiendas a las que no podíamos entrar, restaurantes en los que no podíamos comer, y gente a la que no podíamos mirar a la cara. Del otro lado de las vías estaba un mundo en el que podíamos trabajar de criadas, de porteros, de prostitutas, con tal de que fuera en el sector de servicios. Podíamos entrar en ese mundo pero no podíamos vivir en él. Siempre teníamos que volver al margen, cruzar las vías, hasta las barracas y las casas abandonadas en los bordes de la ciudad.*

*Había leyes que garantizaban nuestro regreso. No regresar era arriesgarse a ser castigadas. Por vivir como vivíamos –en los bordes– desarrollamos una manera particular de ver la realidad. Mirábamos tanto desde afuera hacia adentro como desde adentro hacia afuera. Concentrábamos nuestra atención en el centro tanto como en el margen. Los entendíamos a los dos. Este modo de ver nos recordaba la existencia de todo un universo, un cuerpo principal hecho tanto de margen como de centro. Nuestra supervivencia dependía de una conciencia pública permanente de la separación entre margen y centro, y de un reconocimiento privado permanente de que éramos una parte vital y necesaria de ese todo.*

*Este sentido de totalidad, impreso en nuestras conciencias por la estructura de nuestras vidas cotidianas, nos proporcionaba una visión oposicional del mundo: un modo de ver desconocido para la mayoría de nuestros opresores, y que nos sostenía, nos ayudaba en nuestra lucha por trascender la pobreza y la desesperanza, fortalecía nuestro sentido de identidad y nuestra solidaridad.*

Aunque de manera incompleta, en estos párrafos me esforzaba por identificar a la marginalidad como mucho más que un lugar de privación. De hecho estaba diciendo todo lo contrario: que es también el lugar de una posibilidad radical, un espacio de resistencia. Era esta marginalidad la que estaba nombrando como una ubicación central para la producción de un discurso contrahegemónico, que no se encuentra solo en las palabras sino en las costumbres y en la manera en que una vive. Por eso, no estaba hablando de una marginalidad que una desearía perder, entregar o abandonar como parte de un movimiento hacia el centro, sino más bien como un lugar en el que una se queda, al que una se aferra incluso, porque nutre la propia capacidad de resistir. Ofrece la posibilidad de perspectivas radicales desde las cuales ver y crear, imaginar alternativas, nuevos mundos.

Esta no es una noción mítica de la marginalidad. Nace de experiencias de vida. Pero quiero hablar sobre qué significa luchar por mantener esa marginalidad incluso cuando una trabaja, produce, vive, si quieren, en el centro. Ya no vivo en ese mundo segregado del otro lado de las vías del tren. Central para la vida en ese mundo era la conciencia permanente de la necesidad de oponerse. Cuando Bob Marley canta: “Nos negamos a ser lo que ustedes quieren que seamos, somos lo que somos, y así es como será”, ese espacio de rechazo, donde podemos decirle no al colonizador, no al opresor, está ubicado en los márgenes. Y solo podemos decir que no, hablarle a la voz de la resistencia, porque existe un contralenguaje. Aunque pueda parecerse en algunos sentidos a la lengua del colonizador, ha tenido que atravesar una transformación. Ha cambiado, irrevocablemente. Cuando me fui de los márgenes, cuando dejé ese espacio concreto, mantuve viva en mi corazón una manera de conocer la realidad que en todo momento afirma no solo la prioridad de la resistencia sino la necesidad de una resistencia que se sostiene en la memoria del pasado, lo cual incluye recuerdos de lenguas rotas, y que nos da maneras de hablar que descolonizan nuestras mentes, nuestras mismas existencias. Mamá una vez me dijo, una vez que estaba por volver a la universidad predominantemente blanca: “Podés tomar lo que la gente blanca tiene para ofrecer pero no tenés que quererlos”. Ahora que entiendo sus códigos culturales sé que no me estaba diciendo que no quisiera a personas de otras razas. Estaba hablando sobre la colonización y la realidad de qué significa, en una cultura de dominación, aprender de la mano de quienes la ejercen. Estaba insistiendo en mi poder de ser capaz de separar el conocimiento útil que podría obtener del grupo dominante de una participación en formas del conocimiento que llevan a la enajenación, a la alienación, o peor, a la asimilación y la cooptación. Me estaba diciendo que no es necesario renunciar a vos misma, entregarte a ellos para aprender. Aunque ella no había estado en esas instituciones, sabía que probablemente me vería una y otra vez frente a situaciones en las que se me pondría “a prueba”, en las que llegaría a sentir como si un requisito central de mi aceptación fuera la participación en ese sistema de intercambio para asegurarme el éxito, para “lograrlo”. Me estaba recordando de la necesidad de oposición y al mismo tiempo me estaba alentando a no perder esa perspectiva radical que la marginalidad había moldeado y formado.

Entender la marginalidad como posición y lugar de resistencia es crucial para las personas oprimidas, explotadas, colonizadas. Si solo vemos al margen como un signo que marca la condición de nuestro dolor y privación, entonces una cierta impotencia y desesperanza, un nihilismo profundo penetra de manera destructiva en los cimientos mismos de nuestro ser. Es ahí, en ese espacio de desesperanza colectiva, que la propia creatividad, la propia imaginación están en peligro, que se coloniza del todo a la propia mente, ahí que la libertad que una anhela se pierde. En verdad la mente que resiste la colonización lucha por la libertad de expresión. Esa lucha puede que ni siquiera empiece por el colonizador; puede que empiece dentro de la propia comunidad segregada y colonizada, dentro de la propia familia. Quiero señalar que no estoy tratando de románticamente reinscribir como “pura” la noción de ese espacio de marginalidad en el que las personas oprimidas viven separadas de sus opresores. Lo que quiero decir es que esos márgenes han sido el lugar tanto de la represión como de la resistencia. Y puesto que somos bien capaces de nombrar la naturaleza de esa represión, sabemos más de los márgenes como un lugar de privación. Cuando se trata de hablar del margen como lugar de resistencia, solemos quedarnos calladas. Cuando se trata de hablar del margen como lugar de resistencia, las más de las veces suelen callarnos.

Acalladas. Mientras era estudiante de posgrado me escuché muchas veces hablando en la voz de la resistencia. No puedo decir que mis palabras fueran bienvenidas. No puedo decir que mis palabras fueran escuchadas de una manera que alterase las relaciones entre colonizador y colonizado. Pero lo que sí he notado es que aquellas personas de la academia, en particular aquellas que se llamaban a sí mismas pensadoras críticas radicales, pensadoras feministas, ahora participan de lleno en la construcción de un discurso sobre el “Otro”. Me hicieron “otra” ahí en ese espacio con ellas. En ese espacio en los márgenes, ese mundo segregado y habitable de mi pasado y mi presente, yo no era “otra”. No fueron a buscarme ahí en ese espacio. Me encontraron en el centro. Me saludaron como colonizadores. Sigo esperando que cuenten acerca del camino de su resistencia, de cómo llegó a suceder que fueron capaces de renunciar al poder de actuar como colonizadores. Sigo esperando que sean testigos, que den su testimonio. Dicen que el discurso sobre la marginalidad, sobre la diferencia ha ido más allá de la discusión de nosotros y ellos. No hablan de cómo eso ha podido suceder. Esto es una respuesta desde el espacio radical de mi marginalidad. Es un espacio de resistencia. Es un espacio que elijo.

Sigo esperando que dejen de hablar del “otro”, que paren incluso de describir cuán importante es poder hablar sobre la diferencia. No solo es importante sobre qué hablamos, sino cómo y por qué hablamos. A menudo este discurso sobre el “otro” es también una máscara, una charla opresiva que esconde los vacíos, las ausencias, ese espacio donde estarían nuestras palabras si estuviéramos hablando, si hubiera silencio, si estuviéramos ahí. Me refiero a nosotras en los márgenes, ese “nosotras” que habita el espacio marginal que no es un lugar de dominación sino de resistencia. Entrar a ese espacio. A menudo este discurso sobre el “otro” aniquila, borra. *No hace falta escuchar tu voz cuando yo puedo hablar sobre vos mejor de lo que vos podés hablar sobre vos misma. No hace falta escuchar tu voz. Solo contame de tu dolor. Quiero saber tu historia. Y después te la voy a devolver, contándotela de otra forma. Devolvértela contándotela de tal manera que se haya vuelto mía, mi propia historia. Reescribiéndote a vos me escribo a mí de cero. Sigo siendo autor, autoridad. Sigo siendo colonizador, el sujeto que habla y vos estás ahora en el centro de mi charla.* Los saludamos como libertadoras. Somos ese “nosotras” en los márgenes, ese “nosotras” que habita el espacio marginal que no es un lugar de dominación sino de resistencia. Entrar a ese espacio. Esto es una intervención. Les escribo a ustedes. Estoy hablando desde un lugar en los márgenes donde soy diferente; donde veo las cosas de forma diferente. Hablando desde márgenes. Hablando en resistencia. Abro un libro. Están estas palabras en la contratapa: NUNCA EN LAS SOMBRAS DE NUEVO, un libro que sugiere la posibilidad de hablar como libertadoras. Solo que quién está hablando y quién calla. Solo que quién se para en las sombras: la sombra en la puerta, el espacio donde imágenes de mujeres negras se representan sin voz, el espacio donde nuestras palabras se invocan para servir y apoyar, el espacio de nuestra ausencia. Solo débiles ecos de protesta. Somos reescritas. Somos “otras”. Somos el margen. Quién está hablando y a quién. Dónde nos ubicamos a nosotras y a nuestros camaradas.

Acalladas. Tememos a quienes hablan sobre nosotras y que no nos hablan a nosotras ni hablan con nosotras. Sabemos lo que es ser acalladas. Sabemos que las fuerzas que nos callan, porque no quieren que hablemos nunca, difieren de las fuerzas que nos piden que hablemos, que nos dicen contame tu historia. Solo no hables en la voz de la resistencia. Solo hablá desde ese espacio en el margen que es una marca de privación, una herida, un anhelo insatisfecho. Solo hablá de tu dolor.

Esto es una intervención. Un mensaje desde ese espacio en el margen que es un lugar de creatividad y de poder, ese espacio inclusivo donde nos recuperamos, donde nos movemos en solidaridad para borrar las categorías colonizado/colonizador. La marginalidad como lugar de resistencia. Entremos a ese espacio. Encontrémonos ahí. Entremos a ese espacio. Les damos la bienvenida como libertadoras.

Traducción: Renata Prati

Tomado de Russell Ferguson, Martha Gever, Trinh T. Minh-ha, Cornel West (eds.), *Out There. Marginalization and Contemporary Cultures*, MIT Press y New Museum of Contemporary Art, Nueva York, 1990, pp. 341-343.